

certeras, violentamente sinceras, parecen inspiradas en la verdad más pura. No se puede poner fuego semejante para disfrazarla o torcerla.—
R. Silva Castro.

JULIO, 1914, por *Emil Ludwig.*

«La culpa de la guerra corresponde a toda Europa.» Esta primera frase del libro de Ludwig ha atraído sobre el autor de *Napoleón* la ira de todos los chovinistas de Europa. Tanto del lado francés, como del alemán, se han descargado grandes protestas. Nadie quiere ser responsable de la guerra y aún «ese innombrable girón de abyección imperial que se oculta en su fango de Doorn», como dice Clemenceau, niega que sus indecisiones y su megalomanía hayan sido una de las causas principales del desastre europeo.

Sin embargo, los documentos hablan más claro que los hombres que hoy se defienden de los errores cometidos desde Julio de 1914 hasta el primer día de la guerra. «Este libro es un estudio de la imbecilidad de los poderosos en aquel crítico momento y del instinto justo de los por aquel entonces impotentes.» Estos imbeciles serían en primer lugar el conde Berchtold, Ministro de Estado de Austria-Hungría; Nicolás II, Emperador de Rusia; Guillermo II, Emperador de Alemania; Poincaré, Presidente de la República Francesa; Sasonow, Ministro de Estado de Rusia y otra cantidad de gente irresponsable de su cobardía, de su estu-

pidez y de su ineptitud de gobernantes y de diplomáticos.

Hoy día, aquella guerra, gracias a lo que proclaman unos y otros, ha pasado a ser una guerra exclusivamente defensiva. Alemania se defendía de Rusia; Rusia, de Alemania; Austria-Hungría, de Serbia; Francia, de Alemania. La verdad es que unas y otras naciones, unos y otros gobernantes, hicieron lo posible por no ser ellos los que primeros atacaran y aun llegaron a inventar ataques ajenos para justificar los propios. «No hace falta ser un Bismarck para impedir esta guerra, la más estúpida de todas.» Pero no se impidió. Los acontecimientos se enredaron en tal forma que al final nadie sabía lo que iba a hacer, con quién iba a pelear y por qué. Nicolás II dirigía telegramas de paz a Guillermo II, después de haber ordenado la movilización; Guillermo II, luego de hacer derroche de arrogancia y de espíritu guerrero, preguntaba si no habría aún algún medio de arreglar las cosas. Pero las cosas no se pudieron arreglar y no se arreglaron sino cuando la guerra había devorado siete millones de hombres.

Sólo murieron en la guerra los que no la querían: el Archiduque de Austria inició con su muerte el asesinato colectivo; murió sin saber lo que su fallecimiento iba a costar a Europa. Siguió Jaurès, y tras él fueron todos los franceses, rusos, alemanes, ingleses, todos aquellos a quienes sus gobiernos engañaron diciendo que la guerra era una guerra de defensa, provocada por el enemigo.

Los instigadores de la guerra, esos

treinta príncipes, generales y diplomáticos, que por razones de Estado que no existían o que se habían inventado, lanzaron a la carnicería y convirtieron en asesinos, bandidos e incendiarios a varios millones de hombres, esos no murieron en la guerra. Se salvaron de la catástrofe por medio de la fuga o gracias a la paciencia de sus pueblos. Sólo a Suchomlinov (Ministro de la Guerra de Rusia) le alcanzó el castigo (el presidio). El Zar, el conde Tisza y el conde Stürk, murieron asesinados por sus pueblos, Pero los demás, los más culpables, el gran duque Nicolás, Iswolski, Berchtold, Bethmann, Guillermo II, Januschkiewich y Moltke, viven o vivieron tan tranquilos.

Ninguno de los vencidos fué llevado ante un tribunal nacional. El asesino del archiduque fué martirizado lentamente, hasta que murió; el asesino de Jaurès fué absuelto.

Tal es la historia que surge de los documentos, historia mucho más verdadera que la que ahora se quiere inventar para descargar de responsabilidades a los culpables.—*M. R.*

POLITICA

¿A DÓNDE VA ESPAÑA?, por *Marcelino Domingo*.

Una serie de escritores españoles se ha dado a la tarea de examinar España. El resultado de esta labor

es triste. De esos exámenes España sale tal como parece ser hoy, es decir, un pueblo sin conciencia civil o de conciencia civil adormecida, a quien los acontecimientos no han logrado despertar de su apatía. Es cierto que no todo el pueblo español es así, que existe una cantidad grande de gente que espera y sueña y que, dado el caso especial de una organización nueva de España, entraría a formar parte de ella, aportando un caudal de energías nuevas. Pero esa gente se mueve en otros campos; está, por decirlo así, alejada de la política española de hoy día, de la política activa del momento, apartada de los liberales, de los conservadores, de los republicanos. Es el partido socialista, la masa de los trabajadores federada en los sindicatos obreros, independiente de los partidos grandes de España y en cuyos movimientos no toma parte, esperando los propios.

Este libro de Marcelino Domingo trae un prólogo de Gregorio Marañón. Marañón no cree que España esté parálitica ni en trance de morir, como lo aseguran otros, aquellos que

olvidan que la forma máxima de la vitalidad en biología es la resistencia, la pasiva tenacidad, el espíritu refractario; fenómeno singularmente neto en los pueblos meridionales, cuya típica expresión alborotada no es casi nunca el índice de su verdadera tensión espiritual.... Sólo cuando callan nuestras muchedumbres, es cuando se las debe tomar en consideración.

Tal vez, como médico, pueda tener razón el autor del prólogo del libro